

# mari jungstedt

## El doble silencio

*Traducción:*

CARLOS DEL VALLE



MAEVA

*Para Anna Samuelsson, mi queridísima hermanita*

«¿Puede una persona ser uno mismo y otra persona a la vez?  
Es decir, ser dos personas.»

*Persona*, Ingmar Bergman

# SUECIA



# GOTLAND



**E**l coche salió de la carretera principal y continuó por un sendero para tractores que se adentraba en el bosque. Había anochecido y la fría luz del vehículo apenas iluminaba el camino. Los pinos eran más altos de lo que solía ser habitual en Gotland. Formaban un bosque espeso; sus ramas buscaban la compañía mutua para protegerse del viento cuando las tormentas asolaban la isla. Aunque, en ese momento, todo estaba en calma. El coche solitario se abrió paso hasta detenerse en un claro junto a un pequeño pantano, que en realidad no era más que un tremedal. La luna brillaba blanca y redonda sobre el agua cristalina. Una neblina surgía de la superficie, se elevaba lentamente hacia el cielo, se evaporaba y desaparecía en el vacío.

La pareja salió del coche dando tumbos, absortos en su juego. Ella abrazada a él, labios contra labios, cuerpo contra cuerpo, manos febriles moviéndose debajo de la ropa. Ella rio y el sonido de su risa se propagó sobre la superficie del agua, rebotó entre los troncos nudosos y las rocas de alrededor; parecía no dirigirse a ninguna parte. Un viejo sauce alargaba sus ramas sobre el lago negro y frío, acariciando su superficie tranquila.

Ella se apoyó contra el tronco, abrió los brazos y cerró los ojos. El aroma a humedad y tierra y el aire fresco del rocío contra su piel desnuda la excitaron aún más. Él la mordió con fuerza en el hombro, ella dio un grito, se zafó de su abrazo y corrió

hacia el bosque. La alcanzó en lo alto de la cuesta que había sobre el pantano y la apoyó con fuerza contra un pino. La corteza arañaba su espalda. Los ojos de él brillaban en la oscuridad, y comenzó a desabotonarle lentamente el vestido. Dejó que los dedos se deslizaran por los hombros desnudos hasta que el tejido se desprendió y cayó junto a sus pies. No se había preocupado de ponerse un sujetador. Llevaba días deseándolo.

Sintió un escalofrío. El rostro de él se encontraba muy cerca. Bajo la luz de la luna, parecía un extraño. Permanecieron en silencio durante el juego. Él suspiró al deslizar una de sus manos por su cuerpo, jugueteaba en su pecho, se detenía, se movía. La acariciaba suavemente con la yema de los dedos, seguía la línea donde se juntaban las costillas, bajaba al ombligo. Volvía a subir. Despacio, arriba y abajo, hasta que ella gimió de placer. Mientras tanto él se agachó imperceptiblemente hacia la bolsa que había en la hierba junto a sus pies. Con la mano en la espalda rebuscó con cuidado entre el contenido, encontró lo que buscaba. Ella seguía con los ojos cerrados, las piernas algo más separadas. El pequeño tanga medio transparente apenas ocultaba su sexo. Chica mala, pensó excitado. Sabías lo que te esperaba. Dejó que su lengua trazara círculos alrededor del ombligo, la mordió suavemente en la parte inferior del abdomen. Era suave y fibroso como el de un chico. Continuó acariciándola hacia arriba con una vanda en la espalda. Le besó el pecho, llegó hasta su cuello estrecho. Un sitio muy vulnerable, pensó mientras mordisqueaba y chupaba su delicada piel. Podía sentir las venas con la punta de la lengua, estaban a flor de piel. Entonces ella alzó los brazos y en un momento él le vendó los ojos. La máscara negra los cubría por completo. Comprendió que para ella todo se había oscurecido.

—¿Qué pasa? —rio insegura—. ¿Qué haces?

Sus manos se alzaron automáticamente hacia su cabeza. Las palmas brillaban pálidas. Parecían dos pájaros asustados revoloteando por el aire sin saber adónde se dirigían, pensó él.

—Vamos —le ordenó—. Tranquila. No es peligroso, si se tiene cuidado... —tarareó como en la vieja canción. Al mismo tiempo

sacó la cuerda oculta en la bolsa. Los torpes manotazos de ella se interrumpieron abruptamente cuando la sujetó con decisión, le pasó la cuerda con fuerza por las muñecas y le alzó los brazos por encima de la cabeza.

En un momento estuvo presa. Atada al árbol, sin posibilidad de escapar de allí. Abandonada e indefensa. Él se excitó. Solo estaban ellos dos. El árbol era su único testigo. Lejos de todo y de todos. De la civilización y sus reglas. Allí existía un universo propio. Hacía lo que él quería. Ella atada al árbol. Sin poder ver, como un bebé recién nacido.

Y él aprovechó su indefensión al máximo.



**E**n el mismo instante en el que Andrea Dahlberg dobló hacia su calle, por lo general tan tranquila, le embargó una cierta desazón. La pudiente urbanización Terra Nova, a las afueras de Visby, era un lugar donde no solía ocurrir gran cosa. La vida seguía su curso entre los jardines de las casas y las parcelas de los adosados. Pero de pronto notó algo en el ambiente. Se detuvo, se secó el sudor de la frente, sacó la botella de agua del cinturón que llevaba alrededor de la cintura y bebió un par de tragos. Miró alrededor, estudió las fachadas de las casas y los pocos coches que había aparcados en la calle. No se veía un alma. Aparentemente, todo estaba en calma.

Regresaba a casa después de su habitual sesión de ejercicios. Marcha nórdica a una velocidad vertiginosa. En esa ocasión no había conseguido que la acompañara ninguna de sus vecinas. Aquella mañana todas sus amigas de marcha estaban ocupadas. Quizá fuera por la lluvia o por cualquier otra excusa, pensó irritada. Ella nunca había dejado que el mal tiempo fuera una traba. Además, apenas llovía.

Como iba sola, se vio obligada a recorrer sus diez kilómetros por pequeños senderos alrededor de la urbanización. Prefería el bosque, pero no se atrevía a ir sola. Le costaba relajarse; en cuanto oía un crujido entre los arbustos más cercanos se imaginaba que aparecería un violador.

Su estómago emitió un quejido, siempre salía de marcha antes de desayunar. Así quemaba más grasa, algo que preocupaba especialmente a Andrea Dahlberg, aun cuando no se apreciaba ni asomo de sobrepeso en su cuerpo bien entrenado. Casi había llegado a casa y pensó en lo mucho que le apetecía beber un vaso de zumo recién exprimido y tomarse un yogur de vainilla con *muesli* casero. Kiwi en rodajas y frambuesas frescas de los arbustos que tenía en el invernadero, en la parte trasera de la casa. Café expreso y periódico. La rutina de todos los días. Además, esa mañana podría disfrutar de más tranquilidad pues estaba sola en casa y no tenía que ir a trabajar. Sus vacaciones habían comenzado. Sam estaba en el estrecho de Fårö rodando una película y no lo esperaba hasta el día siguiente. Los niños pasarían las próximas dos semanas en el archipiélago de Estocolmo con la abuela y el hombre con el que llevaba tanto tiempo casada, al que ya llamaban abuelo. Se habían marchado el día anterior. Todo debería ir bien.

Pero volvió a notar esa sensación y eso la molestó. Tan insignificante que apenas era perceptible. Le susurraba en la nuca. Andrea miró a un lado y a otro. No había nadie detrás, estaba sola en la calle. La única persona a la que se había encontrado al entrar en la urbanización fue un hombre con sombrero de paja y gafas de sol que caminaba por la acera de enfrente. Él alzó la mano en señal de saludo, pero ella no lo había reconocido. Quizá se tratara de alguien que estaba de visita. Se ajustó la visera de la gorra y estiró la espalda. Intentó sacudirse la inquietud.

Se sintió aliviada al descubrir que una de las chicas del vecindario se acercaba en dirección contraria. Empujando un cochecito, como de costumbre. Aun cuando Sandra no pertenecía a su grupo de amigas íntimas, era agradable, y su marido formaba parte del círculo de conocidos.

La saludó con alegría. Intercambiaron unas palabras; sobre el tiempo, sobre las próximas vacaciones. Nada en particular. Sandra parecía nerviosa, apartaba la mirada y su sonrisa era algo forzada. Se excusó enseguida, alegando que tenía prisa y una cita con el pediatra.

Andrea casi había llegado a su casa. Dejó atrás el chalé de color rosado de ladrillo de los Halldén. Era una casa independiente, mucho más grande y ostentosa que el resto de las demás, con su imponente entrada con columnas a ambos lados, una escalera redonda y una fuente en el jardín. Recordó sus bromas con Sam sobre aquella presuntuosa ocurrencia: ¿quiénes se creían los Halldén que eran, la familia Ewing de *Dallas*?

Había dejado de llover, pero la humedad persistía en el ambiente. La calle estaba desierta. Olía a hierba mojada; el deslumbrante verdor de los jardines era abrumador a principios de verano. Bien distinto a cuando, hacía quince años, Sam y ella se mudaron con los niños a la urbanización recién construida. Entonces los terrenos alrededor de las casas no eran más que montones de tierra y descampados, y solo había unos cuantos arbustos que servían de seto para delimitar las parcelas. Ahora las plantas habían crecido y daban flores. A ambos lados de la calle había amplias casas con el césped bien cuidado. Ya casi había llegado. Su casa se encontraba al final de la calle, la parte trasera daba al bosque. Era una casa de madera pintada de blanco, estilo fin de siglo aunque solo contaba quince años. Tenía un tejado a dos aguas, ventanas de parteluz y un porche acristalado.

Cuando se acercó, Andrea se quedó de piedra. La puerta de la calle estaba entornada. Era solo una rendija, aunque era suficiente para que ella pudiera darse cuenta de lejos, al pasar junto al buzón rojo chillón que Sam había comprado la primavera pasada en Nueva York.

Se detuvo en seco y se puso a escuchar, sobresaltada. No se oía otra cosa que el lento goteo del canalón de la pared del garaje. Clavó la mirada en la puerta. ¿Se habría olvidado de cerrarla al salir? Imposible, era muy cuidadosa. Una obsesiva que siempre comprobaba que la puerta del porche estuviera cerrada con llave, que todas las ventanas estuvieran cerradas y las luces apagadas antes de salir de casa. Antes de hacerlo conectaba la alarma que habían instalado junto a la puerta de la calle, debajo del cajetín de las llaves. No podía haberse olvidado de eso: cerrar y conectar la alarma.

Se acercó a la puerta en silencio. No parecía forzada. Su cerebro registró la fecha y la hora ante una posible denuncia a la Policía y al seguro. Miércoles, 25 de junio, 9.35. Subió la escalera hasta el porche con sumo cuidado, apretando los labios a cada chirrido. Se detuvo y escuchó con atención. Dentro no se oía nada. Contuvo la respiración. Introdujo unos dedos temblorosos por la rendija de la puerta, que se abrió lentamente.

Titubeando, entró en casa.

Las sombras se deslizaban por el suelo de la cocina como figuras alargadas e inaprensibles. Stina Ek estaba descalza, sentada sobre el suelo de cerámica, apoyada en el armario de cocina esquinero, entre la pila y la despensa. Las rodillas dobladas y los brazos cruzados sobre el pecho, con los dedos entrelazados. Su mirada seguía las ondulaciones imprevisibles que se unían y deshacían siguiendo el caprichoso juego del viento con las copas de los árboles al otro lado de la ventana. Había una luz bonita, y la casa estaba en completo silencio. El sol se abrió paso de repente entre la compacta capa de nubes. La canguro se había llevado a los niños después de desayunar. Debería hacer las maletas, pero no tenía fuerzas. Sencillamente estaba sentada allí, sin ganas de hacer nada. Como si al quedarse sola en casa con sus pensamientos se hubiera quedado vacía.

Su fachada imperturbable se desmoronó, los músculos de su rostro se relajaron, los hombros se hundieron y le resultó más fácil respirar. Ya no necesitaba fingir y se sentía cansada.

Al día siguiente Håkan y ella se irían unos días de viaje con sus mejores amigos: Sam, Andrea, John y Beata. Eran vecinos de Terra Nova. Todos se habían mudado allí al mismo tiempo, cuando las casas estuvieron acabadas y en la zona solo vivían unos cuantos vecinos. Además, Terra Nova significaba «tierra nueva». Los niños eran pequeños y se conocieron en la guardería o en el parque. Los años pasaron y, tras incontables reuniones

de padres, cumpleaños de los hijos, comidas y fiestas, se hicieron amigos. Con el tiempo su compañía se tornó imprescindible. Se ayudaban para ir a buscar a los niños al colegio y a los entrenamientos de fútbol, intercambiaban recetas de cocina y se prestaban la máquina de lavado a presión y la de cortar leña. En otoño organizaban jornadas para rastrillar las hojas de los jardines, con hoguera y parrillada de salchichas incluidas. También se ayudaban a la hora de tapizar y hacer obras en casa. Y no solo se reunían entre semana: celebraban juntos cenas y fiestas, la cangrejada anual, el *glögg* navideño, la víspera de Walpurgis y la *Midsommar*.<sup>\*</sup> Eran muy tradicionales, y las celebraciones siempre seguían el mismo patrón. Alguna que otra vez se apartaban del rito habitual, lo que tenía amargas consecuencias. Nadie se atrevía a salirse del guión, así que todos se atenían a las reglas no escritas. Por lo menos de puertas afuera.

Hacía unos años que habían establecido una nueva tradición. Tres parejas de la urbanización, que mantenían una amistad más estrecha, realizaban un corto viaje cada verano. Una escapada para adultos sin hijos. La idea la tuvo Sam Dahlberg, el motor del grupo, un hombre ingenioso y creativo. Pensaba que, ahora que los niños eran mayores, se podían permitir pasar unos días al año sin ellos. Tenía que ser un viaje especial, algo distinto, original. Y no debían pasar mucho tiempo fuera; de este modo, encontrar canguro no les resultaría difícil. Solo unos días.

Habían montado a caballo en Islandia, descendido ríos en Jukkasjärvi, recorrido en bicicleta los viñedos de la Provenza y practicado senderismo en el Cabo Norte. Ese año optaron por una variante más sencilla.

Primero asistirían a la semana anual dedicada a Bergman en Fårö, luego continuarían hasta Stora Karlsö para estudiar las

---

<sup>\*</sup> *Glögg*: bebida típica hecha a partir de vino, vodka y especias. Suele tomarse en Adviento.

Fiesta de Walpurgis, noche del 30 de abril al 1 de mayo. Se encienden hogueras contra las fuerzas malignas.

La *Midsommar* es lo equivalente a la verbena de San Juan. (*N. del T.*)

miles de crías de arao que, en esa época del año, saltaban desde los escarpados acantilados de roca caliza para volar hacia su refugio de invierno, al sur del mar Báltico. El fenómeno era todo un acontecimiento.

Stina se puso de pie y suspiró. Alcanzó a ver pasar a Andrea al otro lado de la ventana en pantalones cortos y con una camiseta ajustada a su cuerpo espigado y fibroso.

Caminaba a un ritmo acelerado, parecía insolentemente sana y alegre. A veces la eficiencia de Andrea la agotaba, no conseguía seguirle el ritmo. Declinó su invitación cuando la llamó. Notó la desilusión en la voz de su amiga, pero no podía evitar no tener ganas. No era como antes.

Ahora salía a correr. Cuando se encontraba sola en el bosque sus pensamientos volaban libres. A menudo se desplazaban al otro lado del globo terráqueo. Stina había sido adoptada en Vietnam, y desde que tenía uso de razón había albergado en su pecho una gran añoranza por sus raíces. Imágenes fragmentadas surcaban su mente. Conservaba los olores de los suburbios de Hanoi grabados en sus fosas nasales, así como el recuerdo de las nervudas manos de su abuela en el barreño, los pies sobre el suelo de piedra, la letrina en el jardín. Con cinco años recién cumplidos la abandonaron en las escaleras del hospicio con un papel colgado del cuello y un conejo de juguete en el regazo. Al cumplir los seis, una pareja realmente maravillosa la sacó de allí. No guardaba recuerdo alguno de su madre biológica, tampoco de su padre. Pero el rostro de la abuela aún se le aparecía de noche. Una anciana de piel rugosa y sin dientes, con dos pequeñas líneas negras por ojos y unas manos ásperas aunque cálidas. Echaba de menos esas manos protectoras. Las había añorado durante toda su vida. Para ella ese era su hogar, pero quizá ya no existiera. Stina había cumplido treinta y siete años y la abuela ya era mayor entonces, cuando ella tenía cinco. Buscarla tampoco era una buena idea. Durante la adolescencia, había intentado ponerse en contacto con el orfanato, pero llevaba cerrado varios años. Trató de que la embajada la ayudase, pero resultó una tarea difícil. No había datos sobre ella;

lo único que tenía era la dirección del antiguo orfanato. Sus padres adoptivos le aseguraron que ir allí no sería una buena idea. No encontraría a las personas que buscaba. La pena y la añoranza de su país de origen, las manos de su abuela, habitaban en su interior como un peso oscuro. Eran una sombra en su vida.

Intentó buscar excusas, pensar en lo afortunada que había sido. Podría haber muerto de hambre en la calle, o haber sido vendida a alguno de los muchos burdeles de Hanoi. En cambio, había tenido una vida cómoda y segura; nunca le faltó de nada.

Sus padres adoptivos fueron serenos y bondadosos, si bien por alguna razón inexplicable mostraban cierto rechazo hacia ella. Mantenían las distancias, como si en lo más profundo de su ser sintieran que era una extraña. No importaba que intentaran mostrarle su afecto, o que para ellos fuera una hija de verdad. La trataban con respeto, pero los abrazos de buenas noches parecían casi una obligación. Su madre adoptiva solía decirle que la quería, pero lo hacía sin pasión. Los cuidados maternos se caracterizaban por una torpeza de la que Stina se percató durante toda su vida. En alguna ocasión descubría a su madre observándola a escondidas. La mirada era extraña, casi temerosa, y le parecía advertir cierto desagrado. Esa mirada decía más que todos los años de promesas de amor, de bonitos regalos de cumpleaños y de generosa paga semanal. A veces Stina se preguntaba por qué la habían adoptado. Presentía que no había colmado sus expectativas.

Se fue de casa nada más cumplir los dieciocho años, buscó trabajo en diferentes compañías aéreas y la contrataron en la más grande. No tardó mucho en conocer a Håkan. Fue en un vuelo al otro lado del Atlántico. Aparentaba tener unos diez años más que ella e irradiaba una seguridad en sí mismo que nunca había visto en otro hombre. Charlaron durante más tiempo del que solía dedicar a los pasajeros y, antes de salir, él le dio su tarjeta.

Unos días después ella sintió una corazonada y lo llamó. Su voz era alegre y la invitó a almorzar en Estocolmo. Un año después se mudó a la casa de él en Gotland, la misma en la que



había vivido con su exmujer. Al principio fue un suplicio. Håkan tenía dos hijos y un perro, y estaban rodeados por los vecinos y antiguos amigos con los que se relacionaban su ex y él. Entonces apareció ella. Una chica dieciséis años más joven y, además, asiática: como si fuera un artículo de importación. La gente se esforzó por tratarla bien, aunque ella se imaginaba lo que decían cuando les daba la espalda. Mudarse a la recién construida Terra Nova fue una liberación; allí todos empezaban de cero. Nadie se conocía. Se quedó embarazada y, al poco tiempo, hizo nuevos amigos. Le bastó con ir a la consulta del pediatra. Allí conoció a Andrea, que también acababa de mudarse y estaba encinta. Se hicieron muy buenas amigas, y poco a poco su círculo de amistades fue creciendo.

Stina se volvió más segura a medida que la familia y los amigos aumentaban. Y no había duda de que Håkan y ella tenían una buena vida. Dos hijas maravillosas, una casa grande con jardín y una piscina que, hacía un año, Håkan mandó construir cuando recibió de su empresa un bono. Ella aún se sentía a gusto con su trabajo de azafata. Quizá fuese el ambiente, que iba bien con su carácter. Era algo transitorio, siempre de viaje; solo tenía relaciones superficiales, no se ataba a nada. Los compañeros iban y venían, siempre veía caras nuevas.

Había llenado el vacío a su manera. Nadie imaginaba lo que le acontecía en secreto, pero pronto todo iba a cambiar. Su vida daría un giro dramático. Al mismo tiempo que se sentía aterrada al pensar en las consecuencias, comprendía que era inevitable. Había llegado a una encrucijada. Su acomodada vida iba a dar un vuelco, y era ella quien lo había decidido.

Ya no había vuelta atrás.

Se detiene de golpe ante la escalera que conduce a la planta superior. Tiene la mirada clavada en el techo y se muerde, nerviosa, el labio inferior. El rostro rígido y concentrado, el cuerpo en tensión, como un animal perseguido, escuchando, al acecho. Reina un silencio sepulcral. Está pálida, pero bella, los labios pintados de rojo. La negra melena le llega hasta la cintura. Luce una figura esbelta, largos brazos desnudos, camiseta y pantalones cortos. Se quita los zapatos de una patada. El primer pie en el escalón de piedra caliza de Gotland, las uñas pintadas de rojo, como maduras fresas silvestres. Bonito contraste con el gris. La luz cae oblicua y crea un sugerente juego de sombras.

Justo cuando está a punto de subir el primer peldaño oye un ruido a su espalda y se detiene en seco. En un instante, el hombre se abalanza sobre ella, la agarra de la larga cabellera y tira con fuerza hacia atrás. Ella cae de espaldas al suelo del recibidor.

—¡Corten!

Sam Dahlberg levantó el rostro del monitor, se relajó y se pasó la mano por el flequillo. Miradas interrogantes de los espectadores. ¿Estaría por fin satisfecho? Esta era la duodécima toma de la escena. Julia Berger, la protagonista, empezaba a tener dolor de cabeza.

—Haremos otra toma.

Suspiros ahogados, caras de resignación. Alguien se atrevió a negar con la cabeza. Maldito director que nunca estaba

satisfecho. Y el director de fotografía era igual. El ambiente en la casa de Bungeviken, donde se rodaba la última escena de la película, era sofocante y caluroso. La paciencia del equipo comenzaba a agotarse. Eran más de las siete de la tarde y llevaban trabajando desde el amanecer.

Todos estaban agotados y hambrientos. Julia Berger se encogió de hombros y alzó las palmas de las manos hacia el director.

—Entonces, para tu información, necesitaré un cigarrillo y un vaso de agua.

Desapareció junto al coprotagonista por el porche que daba al mar. El ayudante de producción se apresuró hacia allí con agua y hielo. Se trataba de mantener a la estrella de buen humor. Era una diva caprichosa y en más de una ocasión, cuando perdía la paciencia y no se hacían las cosas como ella quería, había abandonado el rodaje.

Sam Dahlberg no se dejaba impresionar. Sentía en su interior que aquello saldría bien. Muy bien. Esa era la razón de que no quisiera correr ningún riesgo. Las nuevas tomas eran necesarias. El director de fotografía y él estaban de acuerdo en tener material de sobra para cuando llegaran a la sala de montaje.

Sam se bebió una botella de agua mineral de un trago. A pesar de que amenazaba lluvia, hacía mucho calor. Los miembros del equipo se relajaron, charlaron, alguno corrió al baño o aprovechó para dar un par de caladas. Todos comprendieron que la pausa duraría unos minutos.

Cuando Sam regresó a su silla de director se produjo una reacción inmediata.

—¡Bien, empezamos de nuevo! —gritó la ayudante de dirección.

El murmullo se apagó al momento. Las miradas se dirigieron primero al director, después se cruzaron entre ellas. Los cuerpos se enderezaron, los rostros fruncieron el ceño. La concentración se apoderó del ambiente. Sam observó a las personas congregadas a su alrededor. La escena era casi siempre la misma. Los actores, el script, el director de fotografía y el resto del equipo de

cámara: cada uno de ellos cumpliendo una función importante para rodar la toma. Lo adoraba, la forma en la que todos se unían en un único instante concentrado. Había algo de magia en ello; y algo de impredecible. Uno nunca sabía qué podía ocurrir, no era raro que sucediera algo inesperado. No importaba lo bien que planeara la dirección; estudiaba el guión minuciosamente con todos los involucrados, salía con el director de fotografía semanas antes e inspeccionaba las localizaciones, la luz durante distintas horas del día, qué sonidos podrían oírse, cómo funcionaría el lugar para el trabajo del equipo. Le gustaba estar bien preparado. Era entonces cuando había espacio para la improvisación. Había dedicado años a aprender la técnica. Sam Dahlberg adoraba su trabajo. Le llenaba por completo, era su válvula de escape. Echó un último vistazo al plató. Todo estaba listo. Una vertiginosa sensación en el estómago, el equipo aguardaba su señal. Todas esas personas lo esperaban a él y a nadie más. Lanzó una mirada rápida a la ayudante de dirección.

—Silencio. ¡Motor! ¡Acción!

Se repitió la misma escena. En defensa de Julia Berger, cabe decir que no importaba lo irritada que estuviera, lo daba todo cada vez que se ponía delante de la cámara, sin preocuparse por las tomas que tuviera que hacer. Él la admiraba por su profesionalidad. Una vez acabada la escena, se hizo un tenso silencio. Y ¿ahora? Toda la atención se dirigió a Sam Dahlberg. Él ocultó el rostro tras un pañuelo y se secó el sudor y alguna lágrima que le había aparecido en la comisura de los ojos. A continuación, miró a los colaboradores y en su rostro se dibujó una alegre sonrisa.

—Muy buen trabajo. Creo que hemos rodado la última secuencia de la película. Esperad un momento.

Le hizo una señal al director de fotografía y revisaron juntos las imágenes en un monitor mientras susurraban entre ellos. Luego asintieron y se dieron unas palmadas en la espalda. Todos esperaban impacientes. Sam Dahlberg alzó la mirada.

—Creo que hemos hecho una película.

Una agradecida sensación de júbilo se extendió por el plató. Los protagonistas, que acababan de rodar la escena de una pelea, se abrazaron demasiado tiempo para ser un abrazo profesional, pero nadie del equipo se fijó en ellos. Todos se repartían felicitaciones, abrazos y palmadas en la espalda.

—¡Es increíble! —exclamó Sam Dahlberg, contento—. Hemos terminado. Se acabaron los dos meses de rodaje. Habéis estado maravillosos. Ahora nos merecemos una fiesta.